

LA UTOPIA BANAL

DEL BARCO, JOSÉ LUIS

Málaga 1995, Universidad de Málaga, 121 páginas.

El Profesor Titular de Filosofía del Derecho, Moral y Política de la Universidad de Málaga se propone en este libro evidenciar que la idolatría de la intrascendencia que pregona la *utopía banal* no ha logrado que el pensamiento renuncie a la búsqueda de la verdad –dimensión eterna de las cosas–, de la belleza –forma de una forma–, y del bien –motor que mueve al hombre y le insufla el anhelo de ser mejor–, pues los valores –cualidades inalterables sobre los problemas eternos del corazón humano–, «se levantan en los senderos de la vida para guiar al caminante e indicarle los límites de lo infranqueable» (pág. 15).

Del Barco transcribe, en *La banalidad política* (págs. 25-47), capítulo primero del libro, el estudio preliminar, titulado *La democracia vacía* (págs. 9-22), que realiza a la obra del cardenal Joseph Ratzinger, *Verdad, valores, poder. Piedras de toque de la sociedad pluralista* (Madrid 1995, Rialp, 108 págs.), de la que es traductor. Este capítulo se inicia ilustrando la *utopía banal* con los valores estéticos. Empieza con la belleza, forma de *creación con la que el artista se compromete con lo grande*, prosigue con la moral y de ahí llega a la democracia. Hoy en día, dice el autor, el nihilismo moral es el fundamento de la democracia. Esta idea es defendida, entre otros, por Hans Kelsen y Richard Rorty.

Del jurista austríaco resalta la interpretación del pasaje evangélico en que Pilato pregunta a Jesús: *¿Qué es la verdad?* La respuesta que da Kelsen es concebirla como expresión de la mayoría, que, a su vez, se presenta como fuente, origen, principio y raíz de todo valor. Del filósofo del derecho estadounidense, el más encendido propagador de una sociedad liberal en la que no tienen cabida los valores absolutos, resalta la defensa del principio de la mayoría como criterio moral y jurídico y, por ende, fuente de la verdad y el bien. Kelsen y Rorty, cada uno de manera peculiar, son defensores de una democracia y de una libertad banales. «La primera no tiene otro cometido que asegurar la división y transmisión del poder, y la segunda persigue crear un ámbito social sin obstáculos que permita al individuo moverse en todas las direcciones posibles. Aquella renuncia a llenarse de contenido comprometiéndose con la dignidad del hombre y los derechos humanos. Ésta repudia su entraña ética, se abastarda y envilece, se convierte en una actitud de permanente indecisión –cree que si se usa se gasta– y desiste de convertirse en estilo de vida» (pág. 35). La raíz de esta concepción está, a juicio del autor, en la forma de entender la ética, lo que ha llevado, a su vez, a desconocer el alto ideal de la política, ordenada a la justicia, solidaridad e igualdad entre los hombres.

La máxima moral y política que se sigue hoy en día, es la siguiente: «todo vale si es útil al poder» (pag. 40). Frente a esa absolutización del poder, que defiende el relativismo y el escepticismo morales, el autor propugna la recuperación del sentido de la ética –forma genuinamente humana de habérselas con el tiempo, con la que el hombre se avalora, se agranda se despliega y crece. La vida humana es constitutivamente ética: todo hombre es un ser moral. La ética abre un horizonte de incondicionalidad que hace posible el discurso práctico, pues sin ella, todo decir o todo obrar se convierte en retórica insustancial. El autor finaliza este capítulo diciendo que la incondicionalidad del bien remite necesariamente al Absoluto, «sin el que la moral corre el peligro de convertirse en ideología oportunista al servicio del medro y la ganancia» (pág. 46).

El autor, en el capítulo II, titulado *El fundamentalismo biológico* (págs. 49-62), el más corto del libro, con catorce páginas, considera que del proyecto *Genoma humano* cabe esperar una importante contribución al conocimiento, al bienestar y a la salud humanos, pero también un aumento a las posibilidades de intervenir en la vida humana. Sobre ese proyecto y sobre toda acción humana que beneficie o afecte al hombre, es mucho lo que tiene que decir la ética, que también debe pronunciarse respecto a esa banalidad terapéutica, reforzada por el fundamentalismo biológico que traslada a los genes toda la responsabilidad del ser del hombre. No es ésta, dice el autor, una buena manera de promover la dignidad humana porque el hombre no es un mono, es *imago Dei* y, como tal, tiene una excelencia de ser que reclama un tratamiento conforme a su dignidad.

La frivolidad postmoderna (págs. 63-78), capítulo III, es caracterizada por Del Barco como el pensamiento que defiende el fervor por la diversidad, a través de un proyecto obsesionado con la destrucción, la desaparición, la diseminación, la desvinculación, la desmitificación,

la discontinuidad y la diferencia. Se trata de un programa nihilista, de pérdida de sentido, que busca aniquilar los valores y cualquier forma de finalidad. La gran debilidad de la postmodernidad es, a juicio del autor, «la pérdida de capacidad innovadora, derivada de su ceguera para percibir horizontes de incondicionalidad» (pág. 75), es decir, *dimensiones absolutas de lo real*. Los ámbitos de esa incondicionalidad son la verdad, la belleza y el bien, todas ellas dimensiones absolutas de lo real. El autor finaliza este capítulo afirmando que el punto de vista moral no es una perspectiva que se añada a las demás, «sino la que establece la correcta ordenación de todas ellas» (pág. 77).

La misión moral de la Universidad (págs. 79-120), el más extenso, con cuarenta y dos páginas, es el capítulo final del libro, en el que el autor hace una defensa de la universidad, una de las instituciones encargadas de procurar la renovación moral de la sociedad actual. El fundamento de todo el quehacer universitario radica en la dignidad humana o excelencia del ser personal, tema al que dedica las reflexiones más amplias de todo el libro.

Del Barco, a partir de la descripción de un jardín, un concierto y un avión, expresa la grandeza del hombre, la que también resalta a través de la capacidad de conocer la verdad, de percibir la belleza, así como de la libertad. La verdad, dimensión de las cosas que no está sujeta al régimen temporal, es trovada por el hombre, pero también él se transforma con el encuentro de la verdad porque no es simple espectador del mero fluir sino actor interesado en aprehender lo intemporal de las cosas. Si existe lo intemporal, es porque hay en mí algo intemporal, esto es, el alma humana, que permite al hombre una correspondencia con la verdad; por eso puede decirse que el hombre es un ser que *verdadea*. La belleza, libre juego de imaginación y entendimiento, pone en danza los sentidos humanos y los hace sentirse libres. Sólo el hom-

bre descubre la belleza, la halla, la percibe en la naturaleza y en el arte. La capacidad de belleza, así lo dice el autor, es un indicio de la constitución suprasensible del hombre. Expresión de esa grandeza del ser humano es la libertad, que le permite trascender la realidad del otro, amar a Dios y al prójimo.

El hombre, ser eminente de la creación, es un *espíritu en el mundo*, un quien, un fin en sí mismo, una persona. «Todo el hombre es personal: su mirada, su inteligencia, su lenguaje, su forma de amar. La persona es la única novedad en la historia. Es singular e insustituible e irreplicable» (pág. 92). La grandeza de la persona también se advierte en el amor, forma de coexistencia entre las personas. La persona, al amar, se da donalmente a los demás, participa al otro de su mismo ser. Si todo hombre es persona, ningún ser humano necesita satisfacer exigencias ni cumplir requisitos para ser tratado como tal. Se es hombre sin acreditar ni la conciencia del propio yo ni la racionalidad madura: basta pertenecer al género *homo* para ser considerado persona y, por ende, titular de derechos.

El valor de las personas, su grandeza, se llama dignidad. La expresión *dignidad humana* es redundante, pues hombre y dignidad se identifican. La dignidad del hombre que atisba la biología tiene, así lo dice el autor, un origen más alto: «la huella dejada en él por el Creador, la impronta de su mano divina, el vestigio de su amor misericordioso. El hombre es *imago Dei*. Por eso es tan grande y merece tanto respeto» (págs. 99 y 100).

Corresponde a la universidad, así finaliza el libro, promover y defender la dignidad, formar personas libres que gobiernen sus actos. Para que haya libertad es preciso el encuentro

con la verdad, valioso bien que le da consistencia al existir humano. La tarea educativa de la universidad no se agota en la educación de la conciencia, el amor a la verdad, la formación para el ejercicio responsable; aquella también debe enseñar al hombre a abrirse a la realidad, a los demás hombres, y a cultivar la amistad, la benevolencia, la fraternidad y la solidaridad.

Aunque *La utopía banal* reúne artículos sobre temas diversos —algunos de ellos publicados con anterioridad y presentados sin la sistematización que hubiese sido de desear—, se advierte que la ética es el hilo conductor con el que se ordenan las distintas cuestiones que se desarrollan en la obra. El freno a la utopía banal es la ética, que convierte al hombre en un ser abierto al futuro, lleno de posibilidades, llamado a forjarse a sí mismo y a ganarle tiempo a su propia existencia. El hombre, con la ética, hermosea su vida y hace frente a la banalidad política, a la banalidad terapéutica y al nihilismo de la postmodernidad. Si bien esto es verdad, también debe decirse que la armonización de los distintos capítulos se aprecia más en la *Introducción* que en el resto de la obra. Se echa en falta, a mi juicio, una relación temática más estrecha en cada uno de los capítulos que permita a quien lea *La utopía banal* afirmar que se trata de un libro unitario más que de la recopilación de algunos artículos publicados bajo un mismo título.

Es de esperar que todo lector, como lo quiere el autor, vibre con la libertad, poderosa como el viento de las cumbres; que se emocione con la belleza, flor que encanta, seduce y alborota; que se entusiasme con la verdad, encuentro esplendoroso con lo eterno de las cosas, y que se conmueva con el bien, raíz motriz de la acción. Porque este libro, en verdad, despierta entusiasmo por lo libre, lo bello, lo verdadero y lo bueno. ■

ILVA MYRIAM HOYOS CASTAÑEDA